

EUCARISTÍA INTERIOR

Tal vez no sea exagerado afirmar que demasiadas veces celebramos la eucaristía como una comida más con Jesús. Como un encuentro en el que se detiene, como hizo antaño, para hablarnos, para darnos un poco de aliento. Nada de esto es falso, gracias a Dios, pero sólo esto sería demasiado poco. Pudiéramos terminar como los discípulos: sin entender. Estando cerca, tocando la realidad y sin comprenderla, como en la última cena.

Quizá celebrar la eucaristía nos agrade, como la compañía de Jesús a los suyos, pero nos quede grande su riqueza, su provocación y nos mantengamos a distancia de sus gestos. “*Tú a mí no me lavarás los pies*”, dijo Pedro, y Jesús: “*Si no te lavo los pies no puedes ser discípulo mío. Ahora no entiendes, pero...*”. No basta estar cerca, no basta acudir de buena gana. Es necesario dejarse provocar por unos gestos que inscriben (pueden inscribir) en nuestra carne la muerte y la resurrección. Que abren la puerta a nuestros miedos y, a la vez, los invitan a mezclarse con el cáliz de agonía hasta que apurado se transforme en sangre de amor y confianza en nosotros.

Sentados alrededor de la mesa, *proclamamos la muerte del Señor*. Sí, su muerte y con ella la de todo lo humano. También de lo bueno y lo justo, también a destiempo y en desgarró, también sin sentido... Miramos de frente su muerte, su cuerpo partido que se mezcla con nuestra vida fragmentada, rota quizá. Hay que beber la muerte. Nadie, tampoco Cristo, lo evitará, aún cuando la fortaleza de vida que llevamos en nuestro interior, la bendición eterna de Dios, nos haga saltar, en ocasiones casi milagrosamente, sobre la enfermedad o sobre algún problema sorprendentemente resuelto.

Pero allí mismo, cuando nos ahogamos bebiendo este cáliz, queriendo andar sobre las aguas turbulentas de la vida, aparece su mano invitando a la fe. Aparece una presencia viva que abre una pequeña visión de esperanza. Casi en vacío, en un pan abierto -como el sepulcro- a la mirada de la fe: “*vio y creyó*”. Dichoso quien en medio de la vida ve a Cristo andar sobre las aguas. ¿Qué diremos?: “*Creo, ayuda mi débil fe*”.

Aquí mismo, en la eucaristía, escuchamos nuestro nombre con una voz que nos eligió tiempo atrás y ha reservado sitio en el interior de la casa de Dios. Nos sentamos frente al altar de un Cristo muerto, y nos levantamos en alabanza frente al Cristo vivo que vendrá con gloria. Y ya no hay miedo. O quizá el miedo y la pena se hacen súplica confiada: “*Ven, Señor Jesús*”.

Quizá entonces, aquellos que en la eucaristía sean capaces de mirar la muerte de Jesús y la suya, puedan levantar la cabeza tantas veces humillada y vivir ya sólo para Dios, es decir, vivir del amor y para el amor, pues *la muerte habrá perdido su aguijón*.

Pero esto no es todo. Al llegar entramos también con la vida sonriente, venimos dando gracias. Venimos porque hemos contemplado cómo el cáliz derramado se ha vertido sobre el mundo y lo ha bendecido con la fecundidad de la amistad, del amor, de la alegría, de cualidades sembradas en el mundo con el trabajo de tantos hombres y mujeres que, envueltos del amor de Dios, van resucitando con el mundo abrazado a sí. Esto celebramos. Que la vida enterrada de Cristo va ascendiendo en cada vida que se abre al Reino que ya llega.

Éste es el camino de la paz. *Podemos ir en paz.*